

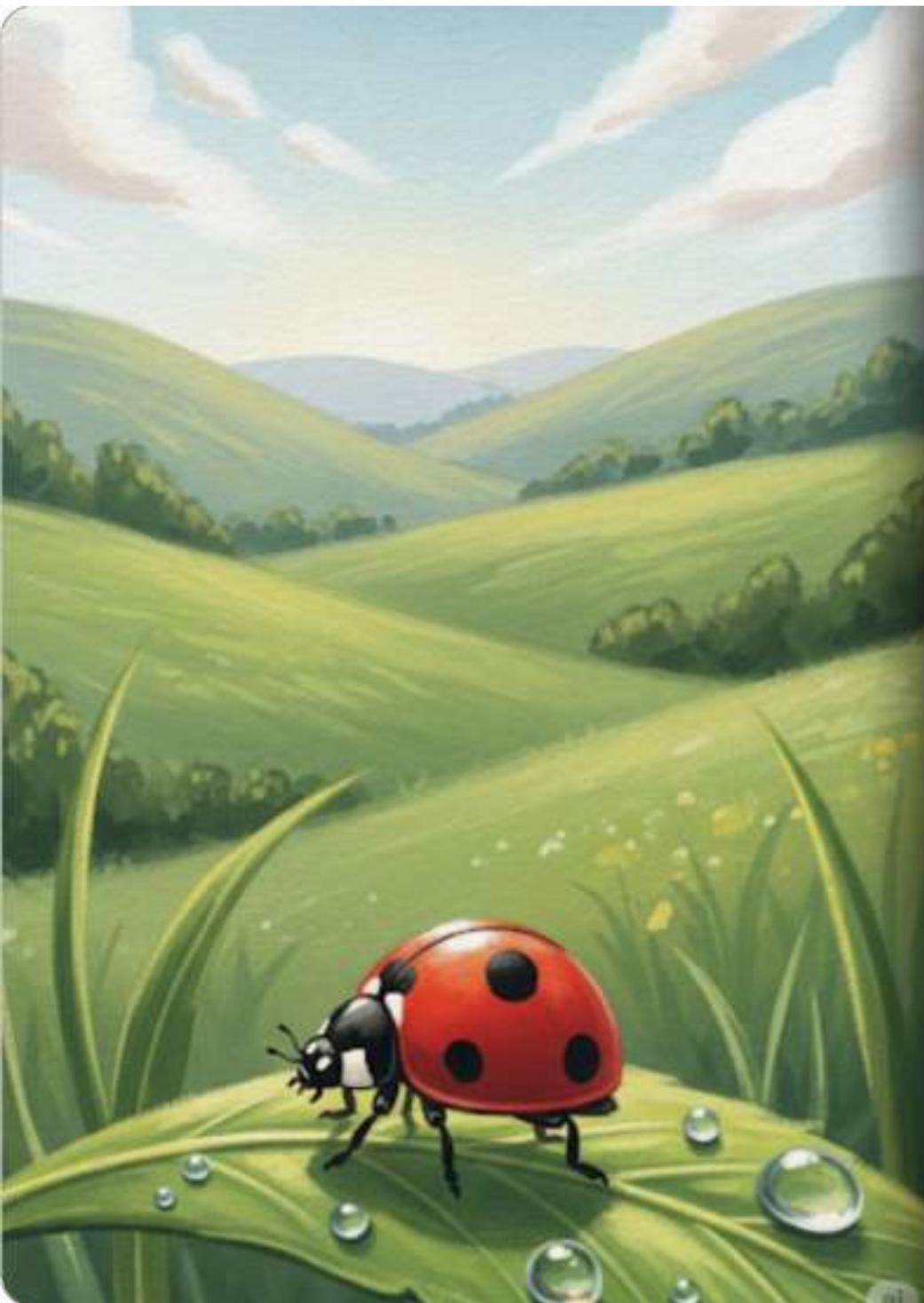


## La Carrera del Valle Soleado

De Mi Libro de Cuentos



En un valle verde y soleado, vivía Corina, una pequeña ave con plumas de colores vibrantes. Corina era la más rápida de todas las criaturas del valle. Le encantaba volar como un rayo, dejando atrás a las mariposas y a las abejas. "¡Nadie puede alcanzarme!", cantaba mientras cruzaba el cielo.



En el mismo valle, en el suelo cubierto de rocío, vivía Pilar, una pequeña mariquita. Pilar no era rápida como Corina. Caminaba despacio, paso a paso, pero siempre llegaba a donde quería ir. "No importa la velocidad, sino la constancia", solía decir con una sonrisa.



Un día, Corina, sintiéndose muy orgullosa, organizó una carrera. "¡Invito a todos a competir! ¡Pero sé que nadie me ganará!", exclamó con una risita. Vio a Pilar, que se movía con calma por una flor. "¡Pilar! ¿Te atreves a competir? ¡Terminarías mañana!", bromeó Corina.



Pilar, sin inmutarse, levantó una de sus patitas. "Acepto el desafío, Corina. La meta es el Gran Roble al otro lado del valle. Mañana al amanecer", respondió con voz suave. Los otros animales, sorprendidos, susurraban: "¿Cómo podría Pilar ganarle a Corina?".



A la mañana siguiente, al primer rayo de sol, la carrera comenzó. Corina salió disparada como una flecha, dejando una estela de polvo y hojas. "¡Adiós, lentita!", gritó mientras se alejaba. Pilar, por su parte, empezó su camino con su paso constante, sin prisa pero sin pausa.



Corina voló y voló hasta que el Gran Roble se veía muy pequeño a lo lejos. Miró hacia atrás y no vio a Pilar por ningún lado. "¡Qué aburrido! ¡Tengo tiempo de sobra!", pensó. Decidió posarse en una rama cómoda y tomar una siesta bajo el cálido sol.



Mientras Corina roncaba suavemente, Pilar seguía su camino. Subía pequeñas colinas, cruzaba charcos y se abría paso entre la hierba alta. Cada paso era pequeño, pero cada paso la acercaba más al Gran Roble. No se detuvo ni una sola vez.



De repente, Corina se despertó con un sobresalto. El sol estaba más bajo en el cielo. "¡Oh, no! ¡Cuánto tiempo he dormido!", exclamó. Desplegó sus alas y voló a toda velocidad hacia el Gran Roble, sintiendo un nudo en el estómago.



Cuando Corina llegó jadeando al Gran Roble, no podía creer lo que veían sus ojos. Allí, justo al pie del árbol, estaba Pilar, sonriendo tranquilamente. Había llegado. La carrera había terminado.



Corina se acercó a Pilar, con sus plumas un poco despeinadas. "Me has ganado, Pilar", dijo con voz suave, ya sin orgullo. "He aprendido que la velocidad no lo es todo. Tu constancia es más valiosa que mi prisa". Desde ese día, Corina siguió siendo rápida, pero también aprendió a ser humilde y a valorar el esfuerzo de los demás.